

UNA MUESTRA DE LA MADUREZ ESPAÑOLA

Para responder al señor De Muller me guía, ante todo, el servicio a los lectores por aquello del «contraste de pareceres». Me guía también la cortesía de la carta del ex presidente de la Diputación barcelonesa; aunque esa cortesía se quiebra en una sola palabra cuando me tacha de haber escrito un artículo irresponsable. Es una palabra demasiado fuerte para emplearla como colofón de una serie de opiniones y de hechos que pueden estar en desacuerdo con otros, pero que no se transforman en irresponsables por el simple hecho de no coincidir con el esquema mental y las afinidades políticas del señor De Muller.

Por otra parte, me inclinaba a no responder la sensación imprecisa de que el verdadero destinatario de la carta no era yo, sino los actuales ministros para los cuales se enumeran muy detalladamente todos los cargos que deben al anterior Gobierno. Así, sospecho que el señor Barrera habrá tomado nota que la presidencia de Telefónica se la deba a alguien; el señor Cabanillas, la de Tabacalera; el señor De Miguel, la vicepresidencia de la Caja Postal de Ahorros..., y el señor García Hernández, la presidencia de Butano.

Pero, en el fondo, el texto del señor De Muller es un texto político, fruto de un político de gran proyección en la vida nacional y, por consiguiente, es en ese elevado terreno de los intereses españoles donde hay que ubicar la polémica.

Dije, y creo que probaré, que ahora han llegado al Poder hombres combatidos por el Gobierno de 1969. Al elegir con todo el cuidado que puedo las palabras —por sentirme responsable de ellas—, dije combatidos y no perseguidos, depurados o cualquier expresión aparentemente similar. Combatido pertenece al mundo de la política; los otros términos, al inframundo del rencor del cual nunca hemos hablado.

Centrada así la cuestión, el Gobierno de 1969 tomó una dirección contraria a la política preconizada por algunos de los hombres que ahora han accedido al Poder. Eso es un hecho, no una opinión subjetiva. En algunas ocasiones, esa divergencia política tuvo ribetes más personales. De ellos, uno interesa particularmente a Barcelona.

En febrero de 1972 se desarrolló la «batalla» entre Butano y Gas Natural. Algunos ministros de entonces sostuvieron la tesis del contrato directo de la empresa argelina con la empresa privada tan conocida. El señor García Hernández, a la sazón presidente de Butano, sostuvo que el contrato debía ser con una empresa nacional. No sólo los intereses eran importantes, sino que existía una clara divergencia política entre privatización o estabilización de empresas y de actividades.

Esa polémica tuvo como final el cese del se

for García Hernández. «Yo no he dimítido», dijo bien claramente. La historia de los entresijos circuló, hasta en coplas, por todos los medios políticos.

Imagino que ahora sucederá lo mismo. Los ministros y subsecretarios salientes serán combatidos, en sentido político, como he especificado antes. Pero no perseguidos. Imagino también que si alguno de los salientes desea seguir en el servicio público, indudablemente pasará a cargo que vaya bien con su personalidad y con sus talentos.

En una palabra, se cambia de Gobierno para hacer en cada momento lo más apropiado, no para hacer martirologios privados. Es una evidente prueba de la madurez del pueblo y de la clase política españoles que diferencia claramente lo que es diferente: actividad política y vida privada o trabajo profesional.

En la esperanza de haber servido a los lectores, ténganme usted, como director, y el señor De Muller como político, a su completa disposición.—Luis APOSTUA.